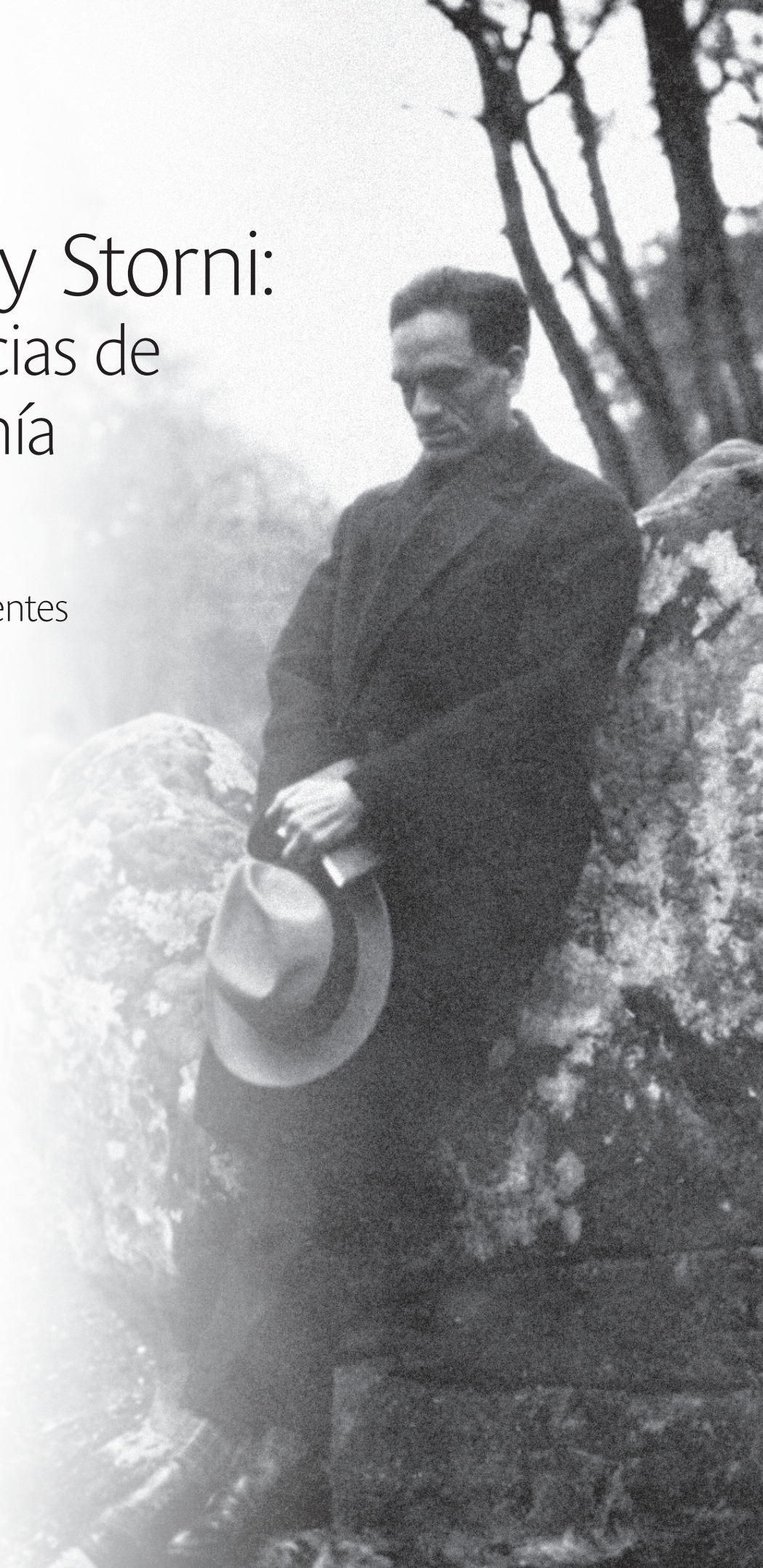
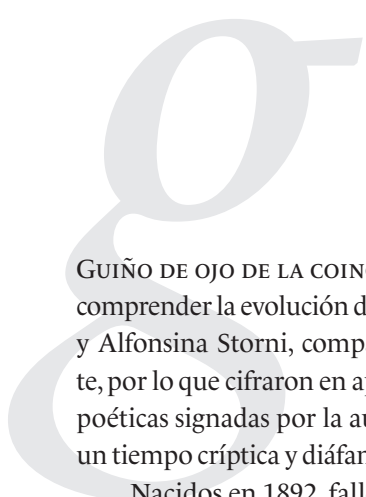


Vallejo y Storni: perspicacias de la sincronía

Moisés Elías Fuentes





GUIÑO DE OJO DE LA COINCIDENCIA, dos poetas imprescindibles para comprender la evolución de la poesía en lengua española, César Vallejo y Alfonsina Storni, comparten el año de nacimiento y el de muerte, por lo que cifraron en apenas cuarenta y seis años de vida dos obras poéticas signadas por la audacia discursiva, la expresión espiritual (a un tiempo críptica y diáfana) y el afán de permanente transformación.

Nacidos en 1892, fallecidos en 1938¹, ambos atestiguaron (e incluso participaron en) el nadir del modernismo hispanoamericano, a la vez que protagonizaron el cenit de la revolución vanguardista, con sus aciertos y antinomias; concibieron una poesía introspectiva, de aislamiento y, sin embargo, estremecida por un irrefrenable anhelo de solidaridad humana; sufrieron en primera persona el revés de las independencias hispanoamericanas, que relegaron a mujeres e indígenas al vasallaje, tal como hicieron los españoles; sobrellevaron, en fin, el peso de la depresión, enfermedad por aquellos años menos comprendida de lo que es actualmente, y eso que aún nos falta mucho para su cabal comprensión.

Vidas paralelas pero también dispares, mientras el peruano anduvo errante por el extranjero buena parte de la suya, la argentina permaneció casi siempre en su patria. Sin embargo, la errancia y la permanencia no obstaron para que ambos atisbaran la soledad inherente a la existencia humana, palpable lo mismo en los rostros

¹ El peruano nació el 16 de marzo en el andino pueblo de Santiago de Chuco, y falleció el 15 de abril en la capital de Francia, mientras que la argentina vio la luz el 29 de mayo en la región alpina de Capriasca, Suiza, y murió el 25 de octubre en la ciudad de Mar del Plata.

de los campesinos e indígenas andinos de Perú y Argentina, que en las miradas de los obreros españoles o franceses. Radicada en Buenos Aires, metrópoli con anhelos europeizantes a la que nunca pudo adaptarse, Alfonsina Storni le dedicó un soneto de rima abrazada, “A la tristeza de Buenos Aires”:

Tristes calles derechas, agrisadas e iguales
por donde asoma, a veces, un pedazo de cielo,
sus fachadas oscuras y el asfalto del suelo
me apagaron los tibios sueños primaverales.

A los ojos de Storni, la arrogante capital de Argentina degenera en un amasijo de calles y fachadas impersonales. Sin embargo, el soneto no incurre en sensibleras nostalgias bucólicas y, en cambio, devela cómo la poeta misma queda despojada de individualidad, atrapada ella también por la deshumanización de la sociedad bonaerense.

Aunque respaldado por una ironía obstinada y fecunda en recursos, también César Vallejo se sintió agitado por la sorda y persistente deshumanización de los hombres y las mujeres de todos los días, comunes pero comunicados. En la poesía de Vallejo, los seres humanos titubean entre la certeza de una mortalidad ineludible y las promesas de una redención incognoscible. Por ello en *El acento me pende del zapato...* el poeta exclama:

¡Cruelísimo tamaño el de rezar!
¡Humillación, fulgor, profunda selva!
Me sobra ya tamaño, bruma elástica,
rapidez por encima y desde y junto.
¡Imperturbable! ¡Imperturbable! Suenan
luego, después, fatídicos teléfonos.
Es el acento; es él.

El rezo deviene crueldad porque la divinidad es inasequible a los seres humanos. Ante tal hecho, Vallejo responde con ironía, como desesperado recurso para defender la fragilidad de su ser, su naturaleza única y efímera.

Carente de la ironía de Vallejo y de su sentido de lo universal, Storni es en compensación introspectiva, al punto de revelar sus contradicciones en carne viva, pero sin aspavientos ni autocomplacencias, sino más bien con sobriedad elegante y riqueza de imágenes sugerentes y engañosamente sencillas, tal el caso del poema en tercetos “Alma desnuda”.

Alma que cuando está en la primavera
dice al invierno que demora: vuelve,
caiga tu nieve sobre la pradera.

Alma que cuando nieva se disuelve
en tristezas, clamando por las rosas
con que la primavera nos envuelve.

La poeta argentina deja ver sus desarreglos emocionales tal como son, al mismo tiempo sublimes y terribles. Jaloneada por la contradicción, la escritora no se entrega a la cómoda autocompasión, sino que, con actitud subversiva, reafirma y celebra los contrastes de su ser, porque tales contrastes la mantienen viva, activa y plena de creatividad.

Mientras que Storni anda dentro de sus veredas íntimas, Vallejo anda veredas extrañas sólo para conocer mejor las propias. Sale al mundo y escribe: “Hay, madre, un sitio en el mundo, que se llama París. Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande.” Sin embargo, ese sitio muy grande, cifra y suma de todos los sitios, lo hace retornar a su sitio interior, a ese yo cuyas dudas y emociones sólo él intuye. Es el sitio en que se reencuentra con su animal humano, el que asoma “En el momento en que el tenista...”

En el momento en que el tenista lanza magistralmente
su bala, le posee una inocencia totalmente animal;
en el momento
en que el filósofo sorprende una nueva verdad,
es una bestia completa.

El discurso poético del peruano adquirió un tono coloquial de gran plasticidad, lo que le permitió enunciar desde la cotidianidad tanto

los hechos físicos —el lance del tenista—, como los intelectuales —la reflexión filosófica—. Críptica, según se le ha definido, la poesía de Vallejo resulta también cristalina, lo que no significa que pierde su misterio esencial, que procede de los misterios relatados en los Evangelios. Y el misterio es dúctil para Vallejo, porque la religión, para el poeta, está viva y se transfigura y se reinventa.

Storni, claro está, no interpretó a la religión en los términos de Vallejo, porque, en tanto mujer, tuvo que habérselas con un discurso religioso que la había condenado desde antes incluso de tomar conciencia de su naturaleza femenina. Ante un credo que le imponía la vergüenza y aun la negación de la feminidad como único camino de salvación, la poeta argentina manifiesta los desasosiegos que la afligen “Frente al mar”:

Vulgaridad, vulgaridad me acosa.
Ah, me han comprado la ciudad y el hombre.
Hazme tener tu cólera sin nombre:
Es la vulgaridad que me envenena.

La vulgaridad que acosa y envenena a la escritora proviene de los hombres que pretenden reducirla a mercancía —“me han comprado”—, y de la ciudad que no sirve para abrigar a los hombres y la mujeres, sino para despojarlos de personalidad y de rasgos distintivos. Si París representa para Vallejo la abrumadora afirmación de su soledad, Buenos Aires para Storni significa el doloroso descubrimiento de su exilio femenino. Ambos escritores se reconocen marginados en ciudades amplias de geografía pero estrechas de pensamiento.

La respuesta de Vallejo y Storni a tal evidencia trasciende lo mismo al pesimismo anquilosante que a la furia estéril. A medida que tomaron conciencia de la soledad humana, derivada de un orden social monstruoso y depredador de cuerpos y de almas, los poetas recalcaron la presencia del humanismo en su obra; no uno académico, frío, sino cálido, tejido de experiencias y ansias, labores y esperas. Es el humanismo de Vallejo, que pone en duda el orden racional en los versos pareados sin rima de “Un hombre pasa con un pan al hombro”:

Un cojo pasa dando el brazo a un niño
¿Voy, después, a leer a André Bretón?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Con esbozos rápidos de la realidad diaria, el poeta peruano cuestiona la trascendencia del arte y de la filosofía, que a ratos parecieran olvidadizas respecto de la simple tragedia cotidiana que enfrentamos los seres humanos: nuestra soledad individual ante la muerte, tal como la que sobrellevó Storni, no sólo en sus últimos años, acechada por el cáncer de seno, sino de antes, hostilizada por la mojigatería bonaerense. Así, en “Lo inacabable” alega:

Mas... ¿Lo que fue? ¡Jamás se recupera!
¡Y toda primavera que se esboza
es un cadáver más que adquiere vida
y es un capullo más que se deshoja!

Desde un punto de vista puramente académico, Storni es una poeta menor frente al arrojo creativo de Vallejo. Sin embargo, si nos liberamos de la rígida palabra catedrática, podemos estimar de manera íntegra la perspicacia de la sincronía, que hizo coincidir en los años de nacimiento y de muerte a dos voces que renovaron el verso en lengua española desde la marginalidad, con plena conciencia de su otredad: la del indígena y la de la mujer. Otredades proscritas e infamadas, que tanto el peruano como la argentina afirmaron mediante la poesía y la entrega a la vida llana y prodigiosa de todos los días. 